

Samuel A. Lillo

## La tembladera

Del libro «Bajo la Cruz del Sur»,  
que aparece en estos días.



S el potro forastero que en la última invernada  
con la rústica manada  
de las hembras se juntó.  
Nadie sabe cómo vino  
este inquieto peregrino  
a las tierras del copihue y del piñón.

Hay arranques de gacela  
en los nervios de sus piernas cuando vuela  
con sus hembras de los montes al través;  
y si un perro o algún hombre se avecina  
al lugar de su reposo, sacudiendo la cabeza  
noble y fina  
se adelanta con fiereza  
de rey moro que pelea por su harem.

Cuando un día los aldeanos,  
con esfuerzos sobrehumanos,



consiguieron apartar  
de su jefe la manada  
y encerrarla tras la fuerte empalizada  
del corral,  
quedó el potro inquieto y fiero  
sobre el puente que atraviesa  
los pantanos del estero.  
Con el pecho y la cabeza,  
golpeó  
vanamente los tablones  
de la puerta que el camino le cerró.

Corrió luego río arriba  
por la orilla del cercado  
contemplando con dolor  
en la vega al otro lado,  
a la viva claridad de la mañana,  
a sus hembras esperando la inhumana  
granizada del rebenque trillador;  
entretanto los costeños campesinos, en la era,  
sin dar tregua a las fatigas,  
al compás de alegre coro  
soñador,  
recogían con los bieldos las espigas  
levantando un monte de oro  
que brillaba de esperanzas bajo el sol.

No encontrando puerta o vado,  
el cuitado  
vuelve atrás



y desciende hacia la playa,  
al paraje donde entra libremente  
la corriente  
del riachuelo al litoral.

Allí está la tembladera,  
honda sima traicionera  
que otro tiempo cubrió el mar,  
y que hoy llena  
viva arena  
movediza,  
por encima de la cual  
se desliza  
dulcemente  
el estero, que parece un inocente  
manantial.

Avisado por su instinto, temeroso y desconfiado,  
en la orilla se paró  
y, al sentir el suelo blando  
de la esquiva tembladera,  
volvió grupas resoplando  
y, con rápida carrera,  
de la linfa engañadora se alejó.

El relincho de una inquieta compañera  
lo contuvo vacilante;  
luego, dócil a la voz reclamadora,  
galopando se volvió,



y, anhelante,  
desde el margen de la grieta acechadora,  
la manada de sus hembras contempló.

Con la crin ondeante al viento,  
sudoriento  
se detuvo recordando los enormes,  
raudos saltos que antes diera en el boscal,  
cuando iba persiguiendo las potrancas  
por quebradas y barrancas  
impelido por su ardor primaveral.

Con el cuerpo estremecido  
de un pavor desconocido,  
en las aguas silenciosas olfateó;  
mas, de súbito, rompiendo las cadenas  
de sus miedos, en las húmedas arenas  
se afirmó,  
y, elevándose en las manos un instante,  
con el cuello distendido,  
semejante  
a un felino gigantesco, sobre el cauce se lanzó.

Con la fuerza de su anhelo  
y su empuje colosal,  
tocó el borde del riachuelo  
con sus cascos, un segundo  
su cabeza se irguió fuera  
del raudal;



pero el monstruo de la arena que dormía  
en sus grutas misteriosas  
como enorme calamar,  
lo hundió, envuelto entre la fría  
red de ávidas ventosas,  
bajo el pálido cristal.

Y al sumirse en la profunda  
hendidura inesperada  
su cabeza señorial,  
un relincho de la bestia moribunda  
cual la última llamada  
sacudió con su angustiosa clarinada  
la quietud del arenal.

Al oírlo, las gaviotas espantadas  
del estero se alejaron  
rumbo al mar,  
y las hembras encerradas  
se agitaron  
relinchando en el corral.  
De repente,  
una de ellas, con sus cascos delanteros  
apoyados en la cerca de tranqueros,  
levantando la cabeza por encima del tropel,  
dió a los vientos un gemido  
dolorido  
como un llanto de mujer.

Ya está el sol con su luz plena;  
la faena  
va a empezar;  
por los látigos golpeadas  
van las hembras resignadas  
en la era  
a galopar;  
en alígeras bandadas,  
otra vez en la ribera,  
juguetean las gaviotas, y hacia el mar,  
como siempre, mansamente  
se desliza por la arena el trasparente  
manantial.